

**IV. INTELLIGE UT CREDAS
ET CREDE UT INTELLIGAS**

INTRODUCCION

La Iglesia, ya desde sus mismos comienzos, se sintió desafiada por las culturas de los pueblos a los que anunciaba su mensaje salvífico. Formada al principio por gentes de baja extracción social (*1 Cor 1,26-29*), tuvo que aceptar pronto la interpelación de la brillante cultura helénica y expresar en ella lo peculiar de su doctrina. A partir de entonces las relaciones entre Teología y Filosofía han sido muy estrechas. Los grandes teólogos han sido siempre grandes filósofos. Desde Suárez, junto a sus tratados teológicos, al menos hasta finales del siglo XIX, han escrito también sus tratados filosóficos. La Teología onense se hace según el esquema de la «restauración», al lado de la Filosofía. El nombre de J. MENDIVE, sus *Institutiones theologicae* y sus *Institutiones philosophicae*, atestiguan esto que venimos diciendo.

Se ha hablado, al menos dentro del catolicismo, de «ancilarismo» de la Filosofía para con la Teología. La apelación de «Filosofía cristiana» parece confirmarlo. Por otra parte y desde la Edad Moderna, se tiende a invertir el problema y a colocar la Fe (y su reflexión teológica) dentro de los límites de la Razón. Es lástima que aquí en esta sección, por diversas circunstancias, no se haya podido recoger la parte más sustanciosa de un coloquio habido a este respecto entre profesores de Teología y de Filosofía de esta Universidad. «Como la Matemática es Matemática y la Física Física, la Teología es Teología y la Filosofía es siempre Filosofía. Se trata de dos saberes específicamente distintos, con su logos y método propios.» Y sin embargo, como dice J. Pieper, la Teología y la Filosofía andarán siempre íntimamente relacionadas porque sus respectivos saberes versan siempre sobre «las cosas últimas».

¿Existe, pues, una «Filosofía cristiana»? Un primer artículo en esta sección de E. Elorduy reflexiona sobre el origen suareciano de este planteamiento. Para Tomás de Aquino, Aristóteles es sin más «el Fi-

lósofo». Para los Papas de la «restauración», Tomás es «el Filósofo cristiano» por excelencia.

¿Ancilarismo entonces? Un segundo artículo de L. Martínez Gómez señala la evolución que con relación al pensamiento filosófico («cristiano») se ha dado dentro de la Iglesia católica y sus tomas de postura oficiales. Dando por supuesto que no toda filosofía es compatible con la Fe cristiana y prescindiendo ahora de la controversia de si el epíteto «cristiano» es algo que afecta a la Filosofía esencial o fácticamente, una cosa está clara: el pensamiento filosófico susceptible de ser considerado como cristiano está reconocido en la Iglesia como «mayor de edad».

* * *

Hemos recordado que la Iglesia de los siglos II y III se sintió interpretada por la cultura helenística y acertó a expresarse en ella. Este hecho histórico, denominado comúnmente Epoca patrística, no significó la helenización del cristianismo, sino la cristianización del helenismo. Lo esencial de este diálogo encarnatorio marcó las etapas históricas subsiguientes, y se concentró prácticamente a lo largo de ellas en torno a dos capítulos: *sociedad* (relaciones Iglesia-Estado) y *pensamiento* (relaciones Teología-Filosofía). Hoy este campo se ha ensanchado enormemente, porque ni el Estado es toda la sociedad y porque numerosas Ciencias del Hombre se presentan a su vez como visiones absolutas del mundo) (Weltanschauungen). «La ruptura entre Evangelio y cultura —decía Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi* n. 20— es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas.»

La nueva Constitución Apostólica *Sapientia Christiana*, consecuencia del Vaticano II, de la encíclica programática de Pablo VI *Ecclesiam suam* y de los últimos Sínodos, señala también como misión de las Facultades eclesiásticas el «diálogo con las culturas». Creemos no interpretar mal la palabra *cultura* en tal documento, si la entendemos primariamente (no exclusiva ni esencialmente) como el «ensanchamiento de horizonte» al que venimos aludiendo. A nuestro entender, esto no ofrece mayor dificultad, y sí la ofrece la palabra *diálogo*, y más cuando se la adjetiva como *interdisciplinar*.

En el lenguaje común *diálogo* significa un encuentro que parte de distintos puntos de vista, pero que busca una mayor clarificación y, a poder ser, un acuerdo. El diálogo presupone interés de parte de los «dialogantes» por llegar a «tener algo en común». De lo contrario se

convierte en un «diálogo de sordos». En esto último creemos que está la clave del problema. El teólogo, en cuanto creyente, es siempre consciente de que su «saber» (*loquimur sapientiam Dei in mysterio*) —y más dentro de la complejidad y especialización de los saberes incluso dentro de la misma Teología— apenas interesa a los otros «saberes» (*sapientia huius mundi*). Hablando con más propiedad, habría que decir que apenas interesa a los «poseedores» de esos saberes. Sin embargo, es imposible negar hoy la existencia de un pensamiento específicamente cristiano y teológico, cuyas riquezas son asimismo patrimonio de la humanidad, y que prueba que ese diálogo se ha dado y ha dado también sus frutos.

Estudiando el asunto con más detención veremos que si Orígenes, los Capadocios, Agustín, Tomás de Aquino y otros crean un pensamiento nuevo y original (que llamamos ahora *teológico*) es porque en ellos el *homo fidelis* (o *theologicus*) es también *homo philosophicus*. La Teología nació o se desarrolló porque el homo Orígenes o Tomás eran al mismo tiempo *homines philosophici*. Así el teólogo —conscientemente decimos no la Teología, sino el *teólogo*, que a su vez tampoco habría que identificar sin más con todo aquel que haya estudiado durante algún tiempo Teología— que realmente quiera dialogar con la cultura, con un saber o con una rama de esa cultura, *sin dejar de ser teólogo* (en la «oboedientia fidei», por lo tanto), debe ser también y además filósofo, sociólogo, jurista o economista. Su palabra de teólogo, o lo que es lo mismo, el «diálogo» de la Teología con las otras ramas del saber, será siempre *katábasis*, *kénosis*, encarnación evangelizadora.

Esto no significa de ningún modo que esas otras ramas del saber no queden o no hayan quedado enriquecidas por el pensamiento teológico. Pero la Teología, si no quiere llamarse a engaño en su «diálogo con las culturas», debe tener presente siempre ante sus ojos ese capítulo paulino de la primera Carta a los Corintios. Naturalmente que una consideración absoluta y exclusiva de este capítulo sería unilateral. Pero ello no obsta para que también constituya un ingrediente de la realidad, vista desde la Teología. Ello explicaría también, o al menos en parte, las frustraciones del Postconcilio.

* * *

En 1880 la Facultad de Teología de Oña se instaló junto a una Facultad de Filosofía. Con el tiempo ambas Facultades se separaron por factores complejos que no vienen al caso. Entre ellos no conviene olvidar la conciencia de autonomía cada vez más viva de esta última.

Hoy la misma Facultad de Teología se instala en un *campus* universitario más amplio, en donde deberá confrontarse en mayor profundidad con las distintas ramas del saber que configuran la cultura y por la que también la misma Teología queda configurada. Un tercer artículo de J. M. Mardones «ensancha» así ya ese horizonte «filosófico» hacia la sociología del conocimiento, tal como ha quedado plasmado hasta hoy por las sucesivas etapas de la Ilustración.

Sólo nos resta expresar dos votos: *primero*, que con ocasión de un segundo Centenario se puedan recoger ya los frutos maduros de este diálogo; y *segundo*, que esas ramas del saber sepan dejarse interpelar también por la Teología y por su preguntar último. Asimiladas o cribadas por el pensamiento teológico, quedarían también enriquecidas.